

## ARGENTINOS EN TRAFALGAR

(TRADICIÓN DE 1805)

A la memoria del explorador de Río Negro  
comandante de Marina D. Erasmo Obligado

### I

Apenas habían transcurrido cuarenta años de la última batalla por la Independencia americana, cuando los jefes supervivientes en esta capital, de que salieron, no alcanzaban á una docena.

Pero este reducido número de ancianos cuyas cabezas plateaba la nieve de los años, abrigando sus petos militares numerosas condecoraciones y cordones, aparecía como el último grupo histórico, dorado por los resplandores de la gloria.

Tres ejércitos europeos habían desembarcado en Méjico para levantar el trono efímero de un día, poco antes que una escuadra numerosa amenazara á Valparaíso y fuera rechazada en el Callao, insinuando la reivindicación para la Metrópoli de sus antiguas colonias. Ante tal amenaza y la del almirante Pizón, de que sólo hubo tregua, hasta los huesos de nuestros padres se conmovieron en sus tumbas, y los fundadores de la Independencia, cual por eléctrico sacudimiento, se incorporaron para señalar-nos con el índice inflexible del deber el camino de la gloria por ellos inaugurado.

En aquellas reuniones preparatorias del gran *meeting* popular (12 de junio de 1864 en el Teatro Colón) para protestar contra el bombardeo del Pacífico, presididas por el general Zapiola, decano de aquellos ilustres guerreros, cual el padre de la patria, aleccionaba á los jóvenes con el ejemplo de los ancianos. Cada uno recordaba allí las hazañas de su hermano

de armas, que no podía contar el que ya dormía el sueño eterno. De ellos recogimos con respeto los diversos episodios nacionales que hemos publicado, como los que la presente tradición resume.

Eran más de las cuatro de la tarde (21 de octubre de 1805) cuando, destrozado y puesto fuera de combate el navio *Santísima Trinidad*, donde enarbolara su insignia el jefe de escuadra, Baltasar Hidalgo de Cisneros, se resolvió en consejo de oficiales mandar arriar bandera.

El *Victory*, que montaba lord Nelson, formando la punta de cuña de una de las dos columnas en que subdividiera la escuadra inglesa, le había embestido, consiguiendo separar los aliados. Veíase por intervalos flamear al través de la densa humareda, cual sudario inmenso cayendo sobre miles de muertos y heridos, el acribillado pabellón en jirones. Las dos terceras partes de sus tripulantes quedaban fuera de combate, y el incendio se había producido á bordo de la nave, que prefirió hundirse antes de llegar prisionera á Gibraltar. Como á la torpeza del cabo de cuerda se atribuyera la falta de cumplimiento á su orden, el comandante hizo subir por las vergas otro marinero, que desde la cofa gritaba:

—¡La bandera de combate no es posible arriar! ¡Está clavada!

Interrogado el capitán de bandera, protestaba no haber dado tal orden. Luego se supo que al recibir el guardia marina argentino D. Santiago Aldao la de asegurar el pabellón, tergiversando señales la había *remachado*, como posteriormente el brigadier Alava lo ordenara en el *Santa Ana* á D. Benito Lynch, también porteño. Así la cadetada de un cadete argentino prolongó la gloriosa agonía del más grande (hasta entonces) de todos los navíos del Océano.

En el mismo buque de ciento treinta y seis cañones, repartidos en las tres baterías de sus puentes, con más de mil hombres á bordo, observando poco antes su comandante, el brigadier Uriarte, que no obedecía el timón, corrió á él, encontrándolo amarrado. Una media andanada de la batería de estribor de la nave del almirante inglés había barrido á todos los marineros que lo atendían, y el guardia marina (posteriormente nuestro general Matías Irigoyen y Quintana), al caer herido, apenas tuvo fuerzas para asegurarlo.

Otro guardia marina argentino, Francisco Aldao, leyendo en el libro de señales, con admirable serenidad en sus pocos años, desde el *Príncipe de Asturias*, transmitió la del almirante Gravina solicitando venia del jefe superior Villeneuve para que le permitiera maniobrar independientemente con la escuadra de reserva. También el guardia del *San Francisco de Asís* era vecino de esta costa de San Isidro, D. Luis de Flores, herido casi al

mismo tiempo que caían al pie del cañón, cerca de Gravina, los dos hermanos Aldao (Santiago y Francisco), y en el *Trinidad*, contra el que concentraban los fuegos enemigos, Cisneros, gravemente herido en medio de sus ayudantes Martín José Warnes y Eusebio Medrano, igualmente argentinos.

## II

En otra piadosa escena se distinguió también el último de nuestros guardias marinas, un jovencito, casi un niño, Miguel Antonio de Merlo. Vinculado por el cariño sin doblez, en la primera edad, al sabio marino Alcalá Galiano, en quien más que jefe encontró un padre solícito, aún no terminada la terrible hecatombe de aquellos sangrientos funerales, dignos del último héroe del Océano, el ayudante Merlo, tropezando entre muertos y heridos, buscaba la cabeza de su jefe querido, reconocidos los restos por sus insignias. Sobre la cubierta, llena de sangre, que la arena esparcida en previsión de resbalones no evitaba que corriera de babor á estribor por inmensos vaivenes de mar alborotado, la encontró desfigurada, rodando bajo los cañones, y corrió á llevarla al capellán, contraído á socorrer heridos, absolviendo á los valientes marinos españoles que morían sobre el *Bahama*.

Cual una misma densa nube de humo envolvía á todos los combatientes, la Gloria extendió sus inmensas alas sobre los marinos de las tres naciones que se batieron con igual heroísmo en Trafalgar.

Difícil es resumir en breves páginas los numerosos episodios heroicos que en las escuadras combinadas se reprodujeron, al tronar de cinco mil cañones, que á la vez resonaban en las costas del Africa y la Europa, por lo que nos limitaremos á recordar sólo á los jóvenes argentinos que allí se ensayaron.

Desde antes de haber nación argentina, hijos de esta tierra se distinguieron aun en las más lejanas. Nuestros primeros guardias marinas, casi todos en su adolescencia é inexpertos (era el primer combate en que recibían el bautismo de fuego y sangre), no teniendo mando de buque, en grados subalternos, no les era dable descollar en brillantes maniobras; pero en éste, el más grandioso que presenciaron los mares, cada uno de ellos cumplió con su deber, que fué también la orden del día izada en lo alto del mástil del *Victory* por el almirante Nelson caído á su pie: *¡La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber!* Como él, todos los generales españoles, franceses, ingleses, fueron muertos ó heridos, lo que en ningún otro combate se ha repetido.

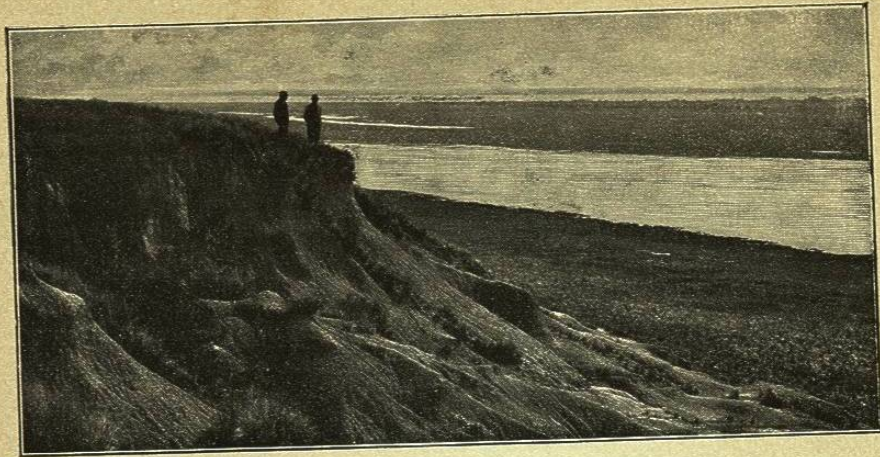
Años después fallecía en Buenos Aires el último veterano de Trafalgar, y en el oportuno discurso del historiador de la Marina argentina, Dr. Angel J. Carranza, recordó á otros jóvenes argentinos que, como Zapiola, Blanco Encalada, Thompson, Matías Aldao, hicieron sus primeras armas en la Escuela española, recorriendo todos los mares antes que el Océano reflejara el pabellón de su patria.

La fúnebre ceremonia fué honrada con la presencia del ministro español Pérez Ruano, por cuyo intermedio el Dr. Teodoro Alvarez obsequió al contraalmirante Lobo (autor del *Manual de la Navegación en el Río de la Plata*) una curiosa reliquia de Trafalgar, con verdadero culto conservada por tantos años. Excelente nadador, el padre de nuestro hábil cirujano, cuando iba á zozobrar ya su nave, desprendió de su cabecera el crucifijo de marfil, recuerdo maternal, y disparando el último cañonazo en Trafalgar, se arrojó al mar salvándose con él.

En vasto escenario transformaron el puente estrecho nuestros primeros guardias marinas, que iban ensanchando, como se dilataban los horizontes delante de su proa, sobre todos los mares que circundan la tierra, ya libertando esclavos á su paso de barcos negreros, ora auxiliando naufragos, y llevando siempre bien en alto por todas partes el pabellón de *una nueva y gloriosa nación!*....



El general Zapiola



El salto de Hornos

## ¡QUÉ ESCAPADA!

## I

El reo estaba en capilla, si ilusión de tal pudiera formar la sudada jerga extendida al pie de un ombú, que poco le había resguardado del sol, frente al centinela de vista.

Triste y silencioso, resignado, pero no abatido seguía, cuando observando al lancero que lo custodiaba, vió correr una lágrima por su rugosa faz bronceada.

—¿Por qué estás triste?—le preguntó.

Y sin más preámbulo agregó el *tape*:

—Han fusilado á su hermano, señor, y á usía le van á pegar cuatro tiros.....

—Poca cosa, hijo; no te aflijas por mí, ya me han tirado tantos.....

—Sí, mi *comendante*; pero de ésta no escapa. Se acaba de ordenar en la lista que después del toque de diana debemos formarle el cuadro.....

.....  
El destacamento hallábase acampado cerca del Arroyo de la Leche, á inmediaciones de la actual Villa Colón (Entre-Ríos).

Adelante, la vanguardia; á retaguardia, el cuartel general; en la gran

guardia, bajo el ombú, el prisionero incomunicado; grupos diversos de soldados alrededor de los fogones por todas partes humeando, y entre el verdeoscuro de la selva de *espinillos* y *ceibales*, blanqueando algunas carpas de oficiales.

Unos *milicos churrasqueaban*, otros tocaban la guitarra, y las banderolas coloradas de la caballería, en altas lanzas flameando á lo largo hasta la vecina ribera del Uruguay.

Majestuoso y sereno descendía éste, ya algo oscurecido por las primeras sombras de la oración, cerca de la costa argentina, mientras que allá á lo lejos, en la otra banda, la luna llena y hermosa, saliendo tras los verdes sauzales, empezaba á platear la mansa corriente.

Algo alentado al encontrar una gota de afecto humano en medio de tantos duros corazones, sin perder el sentenciado su sangre fría, dijo al centinela:

—Mira, tengo necesidad de una *necesidad*.....

Con la venia del sargento de guardia le acompañó algunos pasos hacia la entrada del montecillo inmediato, sin haber advertido que bien cerca pastaba un *parejero* atado.

Al tiempo que le decía á su antiguo soldado: «*¡Date vuelta, chel*, ni para esto se puede estar sin testigo,» rápido arrancó la estaca, y saltando sobre el caballo, con la agilidad del gaucho más hábil se lanzó á escape.....

Al ruido del galope, el centinela, dando media vuelta, gritó:

—¡Cabo de guardia, el preso se escapa!....

## II

Cuando los soldados desprevenidos se incorporaban, dirigiéndose unos á sus caballos, tomando sus lanzas ó tercerolas otros, el fugitivo iba ya á distancia.

Perseguido luego por cuantos encontraron caballo á mano en que saltar, acorraláronle en círculo que iban estrechando hacia el río.

Llegado á la barranca, poco elevada en aquel punto, llamado desde entonces el «Salto de Hornos,» echó éste el poncho á la cara de su *malacara*.

Al faltarle la tierra le sobró el agua, y tras ruidosa *zambullida* vióse salir nadando á lo lejos caballo y caballero.....

Sofrenando sobre la barranca á pique los carabineros de la guardia, inútiles fueron sus tiros, cuyas balas de caballería daban siempre en cualquier parte, menos en el blanco.

Ruma y otro indiazio resuelto, resbalándose el *chiripá*, se echaron al río

en su persecución llevando el *facón* en los dientes. Si las balas de los cazadores del bosque no le habían dado caza, *vaqueanos* pescadores del Uruguay pretendían pescarlo en sus remansos.

Y acaso le dieran alcance á no nadar más ligero que el hombre su caballo, de cuyas crines prendido iba el fugitivo, salvado como en una tabla; menos, en un hilo, en un pelo.....

Cuando la distancia se iba acortando, dándose vuelta le gritaba á su perseguidor más inmediato:

—¡Acércate no más, *guaycurú* desarmado, que te voy á ahogar!

Y como diferencia hay entre exponerse á ahogar por salvar la vida que en ahogarse por comisión, el indiazó se detenía un tanto, siguiendo después corriente abajo caballo, fugitivo y perseguidor.

*Acalambrado* aquél, próximo á hundirse, consiguió hacer pie en un pequeño banco á flor de agua.

Ya casi al alcance de Ruma, zambulló de nuevo, y entonces á su vez fué éste el *acalambrado*.

Tras un momento de resuello siguió la persecución, y cuando más se aproximaba oía de nuevo el grito:

—¡Acércate no más, que abrazados iremos al fondo!

El Uruguay, aunque estrecho allí, no lo es tanto como la esperanza de un condenado, y la costa oriental no se alcanzaba.

Suspendido apenas por un cabello sobre el abismo pronto á tragarse, ya desfalleciente y sin fuerzas, era su situación bien desesperante.....

Y mientras el audaz fugitivo sigue debatiéndose con el líquido elemento corriente abajo, en medio del Uruguay majestuoso, iluminado por la hermosa luna plateando su rubia faz, salvemos, en lo posible siquiera, el nombre de este olvidado patriota. . . . .

### III

Era el entonces comandante D. Manuel Hornos uno de esos rudos tipos de soldado tan valiente como honrado, viva encarnación de la más sana parte del pueblo entrerriano, en aquella heroica provincia en la que, si desde Ramírez hasta Urquiza y López Jordán larga lista de caudillos hubo, que no siempre ofrecieron sus armas en el altar de la libertad, pueblo virtuoso y perseverante descolló en sacrificios para alcanzarla.

Allá por los años de 1843, los Elía, Hornos, García Zúñiga, del Pino, Montero, Enciso y lo más exaltado de la juventud liberal de Entre Ríos conspiraba para cambiar el gobierno del general Urquiza, que desde sus

comenzamientos aparecía un *tántico* ganoso de seguir las huellas del tirano de Buenos Aires.

Como en la revolución de Maza contra éste aquí, no faltó allí un Judas que delatara aquélla.

Tuvieron tiempo de ponerse á salvo la mayor parte de los conspiradores; pero Hornos, más confiado sin duda, no se ocultó, y fusilado su hermano Román, quedó D. Manuel en capilla, debiendo ser pasado por las armas al toque de diana.

Y este hombre arrojado, tenaz, constante, inquebrantable en la lucha, la primera lanza en los ejércitos de Lavalle y de Paz; que cruzó con Salas Ocampo y un puñado de valientes como él toda la extensión del inclemente Chaco para ir á robustecer en Caaguazú el último grupo en armas contra el tirano; noble figura después en los sitios de Montevideo y de Buenos Aires, en cien invasiones de salvajes que contuvo con su lanza, últimamente en el Paraguay; la primera heroica lanza en todas partes donde brillara, iba ahogándose á un paso del más empecinado de sus perseguidores, desfalleciente y acalambrado, sin fuerzas ya para sostenerse de una cerda del caballo, por todas partes rodeado de inminente peligro de muerte, sin la más leve vislumbre de salvación. . . . .

Allá va siguiendo á son de *camalote* y sin rumbo, arrastrado por la corriente, sin faltar la entereza á su corazón, pero sí ya la fuerza á su brazo.

Como irrisión de un destino fatal, la más espléndida luna, desplegando sus rayos como abanico de plata, alumbraba aquella silenciosa agonía de un mártir de la libertad.

Naranjales y aromos saturaban de perfume embriagador la suave brisa, impeliendo la ola próxima á sumergirle, y el melancólico grito de alerta de la pava del monte y la gallineta gris invisible en la cercana isla, oíase expirante como triste adiós de despedida. . . . .

Rumor más cercano entre sombras llegó como eco de última esperanza, y de una pequeña embarcación, que á impulso de seis remos volaba cual flecha, salió una voz vibrando:

—¡Oh!, ¡de la barca!

—No hay barca.

—¿Qué hay?

—Un hombre que se ahoga.

—No. Un hombre que se salva—contestaron. . . . .

Y en poco tiempo, pescado desde la borda, fué subido al bote...

De un buque de la escuadra francesa, tondeado en la costa bajo Paysandú, habiéndose oído tiros y gritería en la ribera opuesta, desprendieron el bote más ligero para explorar lo sucedido.

La luna, plateando la estela tras los nadadores, guió al oficial francés, y Hornos, antes de todo, pidió con empeño que le ayudaran á salvar su caballo salvador. Los rencorosos chinos que le perseguían viraron hacia tierra en cuanto vieron que le llegaba protección...



Casa del fiscal catoniano y palacio del Congreso

## FISCAL CATONIANO

### I

Cuando éramos *rata de oficina*, noble oficio por cierto, mandáronnos cierto día con algunos expedientes á casa del Fiscal del gobierno, más que de modesta apariencia, muy distinta su fachada de las que después habitaron los fiscales y sus agentes.

Desde su estrecho zaguán entablamos el siguiente diálogo con el hombre que en mangas de camisa barría el patio.

—¿Está el señor Fiscal?

—No, señor.

—¿El Sr. Dr. D. Juan Andrés Ferrera, Fiscal de gobierno, vive acá?

—Sí, señor.

Y como ya noticias teníamos de las excentricidades del personaje en busca, aunque nunca le habíamos visto, no sé por qué barruntamos que el Fiscal y el barrendero en camisa habían de resultar una misma persona.

—¿A qué horas se puede ver al señor Fiscal?

Y sin interrumpir su tarea *barrendil*, ni alzar la cabeza, contestó:

—Aquí vive D. Juan Andrés Ferrera, que está limpiando su casa porque el sueldo no le alcanza para pagar quien lo haga. El señor Fiscal de gobierno, que tiene su despacho ahí, primera puerta del zaguán, se encuentra en él desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, horas reglamentarias de oficina.

Sacando nuestro gran *tacho*, al parecer de plata, y comprobando que faltaban cinco minutos para la hora fijada, giramos sobre nuestros talones, yendo, como los serenos de *La Verbena*, á dar otra vuelta á la manzana.